

ACADEMICUS

La “experiencia”. Tramas epistemológicas de un recorrido de investigación situada sobre activismo lésbico

The “experience”. Epistemological paths of a journey of situated research on lesbian activism

Lic. Cecilia Magdalena Malnis

cecimalnis@gmail.com

Universidad Nacional de Cuyo
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Mendoza – Argentina

CORRECCIÓN LITERARIA
Mariana Moretto Fraga

Recibido: 26 de marzo de 2020 / Aprobado para publicación: 27 de mayo de 2021



Copyright © 2018 Etcétera. Revista del Área de Ciencias Sociales del CIFYH está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

Resumen

Este artículo presenta algunas propuestas, debates y desafíos epistemológicos y metodológicos a las investigaciones feministas. A partir de un proyecto de investigación particular sobre activismo lésbico, daremos cuenta de la riqueza de una categoría proveniente de los Estudios Feministas, la “experiencia”, que aporta profundidad al estudio tanto de grupos sociales como de trayectorias personales, pues desafía la dicotómica división entre macro/micro, acción/estructura, y actor/sistema. En lo que consideramos una superación teórica del abordaje al tema de “lo singular” y “lo común” que logra integrar las estructuras sociales con lo personal, nacen diálogos interesantes entre teoría *queer*, sociología, epistemología, antropología, psicoanálisis, entre otros, que serán retomados con el fin de enmarcar el caso de estudio propuesto. Prestaremos atención a la “teoría del punto de vista” (*standpoint theory*) para dar cuenta del anudamiento de las numerosas relaciones sociales que componen a cada persona, concentrándonos en aquellos espacios de la experiencia que sirven como lugar de inscripción de sentidos colectivos y de subjetivación política disidente, que construyen una particular forma de ser lesbiana.

Palabras clave

Epistemología, Experiencia, Feminismos

Abstract

This paper presents some debates about epistemological and methodological challenges to feminist research. It shows the richness of a category from Feminist Studies, the "experience", which brings depth to the study of both social groups and personal trajectories, as it challenges the dichotomous division between macro/micro, action/structure, and actor/system. The starting point is a research on lesbian activism. That which we consider a theoretical overcoming of the approach to the "the singular" and "the common", the paper focus on the dialogues between queer theory, sociology, epistemology, anthropology, psychoanalysis, among others. We will pay attention to the "standpoint theory" to account for the knotting of the numerous social relations that constitute each person, studying those spaces of experience that serve as a place of inscription of collective meanings and dissident political subjectivation, which build a particular way of being "lesbian".

Keywords

Epistemology, Experience, Feminisms

La “experiencia”. Tramas epistemológicas de un recorrido de investigación situada sobre activismo lésbico

CECILIA MAGDALENA MALNIS

Introducción

Este artículo es el resultado de una reflexión sobre lo que podríamos llamar una metodología y epistemología feministas. El motor para la misma no nació de un ímpetu académico abstracto por visitar los grandes temas teóricos de la investigación cualitativa, sino que está ligado a una particular trama de investigación doctoral sobre activismo lésbico en Argentina, cuyo foco está puesto en el cruce de conciencias que generan, por un lado, el lesbianismo como un modo de ser/estar/pensar en el mundo (*habitus*); y, por otro lado, el activismo, ya sea lésbico, feminista, o *queer*. El lugar central que ocupa el activismo en esta investigación, comprendido como un acto político que reúne lo personal y lo colectivo, nos invitó a pensar en una superación teórica de la dicotómica división entre macro/micro, acción/estructura, y actor/sistema. Para ello, adoptamos una categoría de análisis fundamental, proveniente de la teoría feminista y que ha sido diversamente definida dependiendo de las autoras que la tomaron: la “experiencia”. La técnica de la entrevista en profundidad nos fue especialmente útil para construir los datos que nos interesaban: los relatos, los archivos y la memoria ambulante lésbica de una historia largamente silenciada; así como la reconstrucción misma de las experiencias.

El artículo que aquí proponemos nació de los aprendizajes (y desafíos) que extraímos de dicha investigación. Para empezar, nos planteamos principalmente

dos objetivos: 1-Poner en valor la categoría de análisis “experiencia” mostrando su utilidad para las investigaciones feministas, pues recupera el espacio cotidiano de la vida. Esta recuperación es un gesto político que implica una valoración de la realidad diferente a la del positivismo, que niega las posiciones situadas, contingentes y sociales de quienes conocen o de sus objetos de estudio. 2-Desesencializar tanto a lx sujetx que conoce, como a quien es conocidx. Para ello, se desarrollarán los aportes menos románticos de las “teorías del punto de vista” y la utilidad que le encontramos para nuestros intereses de investigación.

La organización del texto se corresponde con los objetivos, estructurado en dos grandes partes que dialogan entre sí, y se constituyen como una cinta de Moebius. El artículo es una sola superficie tallada con los matices que aportan uno y otro foco de atención; el orden que le dimos no responde a una jerarquía de prioridades, simplemente representa el interés de acompañar a lx lectorx en un recorrido amable y claro por los temas. La primera parte se concentra en llevar adelante una reflexión sobre las epistemologías llamadas feministas, que recuperan valores tales como: la importancia de los “conocimientos situados” (Haraway, 1995 [1991]), la crítica a la supuesta ciencia neutra y universal, el rescate de lx sujetx de conocimiento como un actor social, el reconocimiento de la existencia de disputas de poder y el peso que tienen en la validación de determinados discursos. La segunda parte, se detiene a comentar el caso específico de investigación y detalla los usos concretos que le dimos a conceptos y categorías provenientes de las teorías del punto de vista.

A lo largo de todo el artículo intentaremos contestar a las siguientes preguntas: ¿cuáles son los valores feministas que sostienen nuestra investigación? ¿Cómo representar las experiencias de las lesbianas y cómo interpretarlas? ¿A través de qué herramientas? ¿Cómo dar cuenta de los valores que conforman nuestras prácticas científicas? ¿Se puede lograr la honestidad con la realidad, entendida como una representación fiel? ¿Fiel a qué/quienes?

El enfoque epistemológico y metodológico feminista: lo político de las preguntas de investigación

Empezaremos este recorrido dando cuenta de nuestro posicionamiento epistemológico-político, justificado con la teoría proveniente en mayor medida de los Estudios Feministas y de Género. Si todos los programas científicos contienen una visión política de la realidad (aun aquellos que buscan desmarcarse y distanciarse de las posiciones que ocupan), nuestro programa –en coincidencia con las propuestas feministas– se opone a las visiones holistas y a las tramas desapasionadas sobre el extraordinario conocimiento del mundo que se dejaría aprehender a través de un supuesto lenguaje universal de la razón y de la simpleza de hablar “desde ninguna parte” (Haraway, 1995 [1991]).

En primer lugar, retomamos las críticas a las epistemologías de orientación empirista-positivista, iniciando por el cuestionamiento al “curioso término de objetividad” (Haraway, 1995 [1991]: 313). No tiene sentido hablar de objetividad si cuando se estudian “agentes cognoscentes insertos en prácticas sociales [...] no se tiene en cuenta su subjetividad” (Code en Bach, 2010: 68), ni la de lx investigadorx. El lugar desde el que se habla, entendido no en términos geográficos, sino como un anclaje geopolítico y social, es tan importante como aquello de lo que se habla, pues es el contexto de las ideas situadas que producimos. En este sentido, la idea de la “política de la localización” desarrollada por Adrienne Rich (1986) es muy importante porque reconoce el papel clave que cumplen tiempo y espacio en la producción de los saberes, negando el supuesto sujeto universal y global de conocimiento.

No todas las personas vemos lo mismo: la construcción de saberes acerca de lo que consensuadamente dimos en llamar “la realidad” depende, entre otras cosas, de la conciencia que se forma en una relación dialéctica con las condiciones materiales de existencia. Como escribe Donna Haraway: “las versiones de un mundo ‘real’ no dependen [...] de una lógica de ‘descubrimiento’, sino de una relación social de ‘conversación’ cargada de poder” (Haraway, 1995 [1991]: 342). Solo dando cuenta de nuestra posición parcial, encarnada, situada y crítica es que nuestros aportes pueden ser más objetivos (y responsables), pues no existe ninguna forma de conocimiento que se produzca de manera neutral sin interferir

en la política y en las ideas que se gestan desde la materialidad de la existencia. Es decir, se debe reconocer la complejidad de nuestras enunciaciones sobre fenómenos que son tanto materiales como simbólicos; las aproximaciones conceptuales conviven en un punto de encuentro donde lenguaje, poética (entendida en términos de *poiesis* o creación) y realidad se acercan en un complejo trabajo de traducción infiel y trastocada, tanto por los sentidos que se pierden como por las interpretaciones que se ganan (pues nunca hay una sola exégesis).

Con lo anterior, no estamos planteando la imposibilidad de acceder a la realidad como si las experiencias sensibles o el conocimiento científico fueran únicamente efectos del lenguaje en los “mundos textualizados posmodernos” (Haraway, 1995 [1991]: 320). Las propiedades de lxs sujetxs y objetos no pueden ser solo artefactos de los discursos y de su retórica ficcional, puesto que esa suposición cancelaría todo intento de representar mejor al mundo material cuyo peso sobre la vida de las personas trama efectos concretos. Necesitamos, por el contrario, “el poder de las teorías críticas modernas sobre cómo son creados los significados y los cuerpos, no para negar los significados y los cuerpos, sino para vivir en significados y en cuerpos que tengan una oportunidad en el futuro” (Haraway, 1995 [1991]: 322).

Para esto, además, es preciso corrernos de la ilusión del “individualismo epistemológico” para hacer explícita nuestra inserción activa dentro de las llamadas comunidades epistemológicas (Hankinson Nelson, 1993). No solo hay colaboración y consenso entre investigadorxs, sino que detrás de lo que parecen ser hallazgos y carreras individuales en la ciencia existe una red dialogante que hace posible la producción, reproducción, validación y aceptación de los conocimientos específicos en las diversas disciplinas saturadas de historia social.

Es decir, en nuestro enfoque reconocemos la necesidad de lo que Sandra Harding describió como “objetividad fuerte”. La reflexividad es fundamental para su propuesta, así como el compromiso ético con políticas democráticas en la producción de los conocimientos científicos (Harding, 2004: 136-138). Entre la veracidad requerida por las propuestas de objetividad de la ciencia y la propuesta ética de conocer el mundo para transformarlo, descansan dos preguntas que están presentes en cualquier proyecto de investigación: ¿cómo es el mundo? (tal como

puede ser conocido científicamente) y ¿cómo *queremos* que el mundo sea? (Harding, 2004: 138).

“Experiencias” concretas: una investigación situada

Lo que sigue, entonces, es preguntarnos: ¿a qué comunidad científica pertenecemos? ¿Qué comunidad nos sostiene? ¿Con quiénes dialogamos? ¿Qué parámetros de ciencia, objetividad y rigurosidad se construyen allí? ¿Qué tipo de conocimiento se genera a efecto de qué política? ¿Cuál es el programa político que sostiene esta ciencia?

Estas reflexiones se enraízan en el campo no cerrado de las llamadas epistemologías feministas, denominación que “marca la incómoda alianza entre el feminismo y la filosofía, una alianza que se hace molesta por esta atracción contradictoria entre lo concreto y lo universal” (Alcoff y Potter, 1993: 1). Los debates que lxs autorxs pertenecientes a esta corriente llevaron adelante sobre la objetividad, la ética, el origen del conocimiento, el contexto de descubrimiento y de justificación, la autorización de las voces de la ciencia, la legitimidad de la evidencia, entre otras, iniciaron una interesante crítica sobre el trabajo intelectual. Como escriben Linda Alcoff y Elizabeth Potter, estas epistemologías –que también han dado en llamarse “periféricas”– empezaron ocupándose de preocupaciones feministas en áreas aplicadas del conocimiento, entendiendo a su labor intelectual como “una contribución al debate público sobre cuestiones prácticas cruciales” (Alcoff y Potter, 1993: 2).

Entre sus apuestas políticas más interesantes, se encuentra la revalorización de perspectivas históricamente desacreditadas por la ciencia tradicional. Se empezó a considerar la validez de los saberes construidos a partir de experiencias concretas, es decir, desde un *punto de vista*, dando origen a las llamadas “teorías del punto de vista”, que derivan “de una tradición particular basada en la ciencia: el Iluminismo por vía del marxismo” (Bach, 2010: 76). A continuación, retomaremos los aportes que nos parecen más interesantes y discutiremos algunos de sus principios.

Epistemologías del punto de vista

La premisa que subyace a las “epistemologías del punto de vista”¹ en los Estudios Feministas es que la situación social –es decir, el *situarse* en determinados contextos y tramas de la sociedad y el poder– otorga a las personas un entendimiento particular del mundo que permite y, a la vez, limita aquello que se puede saber (Harding en Alcoff y Potter, 1993: 54). Los conceptos, los métodos y las cosmovisiones del mundo poseen sesgos de clase, raza, sexo, nacionalidad, etc.; que no pueden neutralizarse y, más que distorsionar las teorías, otorgan profundidad al entendimiento de los fenómenos estudiados, basada en las experiencias sensibles del mundo de quienes hablan.

Esta corriente supone que las teorías feministas deberían incluir en sus estudios el punto de vista de lxs colonizadx, de las mujeres y de las disidencias, que tendrían un particular modo de conocer, diferente a la racionalidad masculina, heterosexual, blanca y occidental. Como advirtió Dorothy Smith, lo anterior comprende tanto un interés por cómo lxs oprimidxs “sienten y experimentan el mundo a partir de su posición”, como por los “métodos y esquemas teóricos que disponen para pensarlos” (Bach, 2010: 77). Hay, por lo tanto, una relación estrecha (a veces, hasta una superposición) entre quien conoce y lo que es conocido, pues los temas a ser abordados y lxs sujetxs del conocimiento están socialmente condicionados, insertos en relaciones de poder y de dominación, que son también espacios para la acción.

La atención en estas epistemologías está puesta especialmente en las perspectivas no privilegiadas de la ciencia, en las de los grupos marginados que presentarían, en apariencia, menos limitaciones para la generación crítica de conocimiento debido a su capacidad para cuestionar las creencias recibidas y los discursos aprendidos que generalmente los excluyen. En ese sentido, se supone que las lesbianas, por ejemplo, serían más capaces de reflexionar críticamente sobre el heterosexismo y el patriarcado que los varones cis o las mujeres cis heterosexuales, debido al compromiso y a la responsabilidad con la historia que

¹ Las “epistemologías del punto de vista” son la forma en castellano de nombrar a la *standpoint theory*. En la traducción de *standpoint* como “punto de vista” se pierde algo de la fuerza original del concepto, que alude principalmente al posicionamiento situado y localizado de lxs sujetxs que conocen. Efectivamente, el verbo *stand* significa “estar en un particular lugar o posición” (Cambridge Dictionary, s.f., definición 3).

asumen desde el lugar de donde hablan. Sin embargo, nosotras sostenemos que los márgenes no son lugares políticos que existen *a priori*, como si la marginalidad fuera un rasgo sustancial contenido en la vida de algunxs sujetxs. Los márgenes son más bien espacios propiciados por la experiencia misma en su continuo devenir, dentro de contextos, situaciones, decisiones, alianzas, deseos y luchas que transgreden lo establecido por el sentido común dominante.

No hay inmanencia en el margen, no hay sujetxs esenciales que habiten un espacio abstracto con puntos de vista privilegiados, sino personas reales cuyas relaciones y condiciones materiales de existencia habilitan una conciencia crítica capaz de convertir el descentramiento de la cultura dominante en un horizonte aspiracional para una vida que no sea violentada por las categorías excluyentes de la “matriz de opresiones” (Hill Collins, 2004). De allí que advertimos el peligro de romantizar a lxs dominadxs y a las contribuciones al conocimiento que pueden hacer, muchas veces entendido como una aprehensión natural de un punto de vista fijo antisistema y con políticas de alianza con otrxs oprimidxs. Como escribe Haraway (1995 [1991]):

Los puntos de vista “subyugados” son preferidos porque parecen prometer versiones transformadoras más adecuadas, sustentadas y objetivas del mundo. Pero cómo mirar desde abajo es un problema que requiere al menos tanta pericia con los cuerpos y con el lenguaje, con las mediaciones de la visión, como las “más altas” visualizaciones técnico-científicas. [...] La subyugación no es una base para una ontología. Podría ser una clave visual. [...] No existe visión inmediata desde los puntos de vista de los subyugados. La identidad, incluida la autoidentidad, no produce ciencia. El posicionamiento crítico sí (p. 328-332).

Con lo dicho hasta aquí, empieza a emerger otro concepto central para algunas de las teorías del punto de vista: el llamado “privilegio epistémico”. A través de este, los grupos marginales, en una jugada mayormente política:

se otorgan a sí mismos la autoridad para producir su propia descripción autodefinida de sí y del mundo; y exigen que sus voces, voces que han sido excluidas a través del proceso de marginación social, reciban la respetuosa atención de las voces de los expertos socioculturalmente hegemónicos (Alcoff y Potter, 1993: 95).

El “privilegio epistémico” seduce porque tiene la capacidad de hacer coincidir tanto las opresiones como su contrapartida, la potencia liberadora, en saberes inusuales pero legítimos que provienen de las voces encarceladas en el silencio; al tiempo que hace del silencio una voz hablada por la historia de lxs marginadxs. Sin embargo, debido a que la premisa de que existen voces más autorizadas que otras (aun si son las marginales) genera un espacio de adentro/afuera en la legitimidad de un discurso, vamos a desplazar el interés para pensar, en cambio, en la importancia política que tiene privilegiar voces y experiencias históricamente excluidas:

El discurso debe ser autorizado sólo cuando el silencio es la regla. Esta es una regla opresiva. No necesita ser obedecida, y la justificación de la desobediencia en este caso no es un tipo especial de pericia garantizada por el privilegio epistémico, sino por las demandas de la justicia (Alcoff y Potter, 1993: 97).

Desmarcarse de las “verdades” de la mirada esencial: la “experiencia” como categoría de análisis

Para corrernos del esencialismo, que ha sido muy común en los Estudios de la Mujer y en los Estudios Poscoloniales, nos posicionaremos dentro de las corrientes de estudio no esencialistas de las teorías del punto de vista. Para estas, no es el “punto de vista” en sí lo que importa (como si fuera un conocimiento fijo y estable del mundo), sino los saberes que pueden construirse desde un particular *standpoint*, para lo cual es determinante “la posición social ocupada por la(s) persona(s), [...] [así como] también el carácter más o menos colectivo del pensamiento, y su tipo de inserción en los proyectos de transformación social (Falquet, 2009: 8). A continuación, entonces, buscaremos una alternativa materialista al tema de las verdades del discurso y la conciencia a partir del estudio situado de “las voces de la experiencia” (Bach, 2010).

Como ya dijimos, el concepto de “experiencia” ha sido central para los feminismos, pues representa el esfuerzo por dar voz colectiva a las situaciones, tanto estructurales como contingentes, que enmarcan las vidas de las mujeres y de las personas del colectivo LGTBTTIQ. Ahora bien, los usos que se le den deben ser

explicitados, pues lo que representa no es en sí evidente. Cualquier intento de nombrar la experiencia “tal y como es” ignora la primera mediación que se produce entre percepción e interpretación: el lenguaje. Todo esfuerzo por hacer corresponder “experiencia” y “lenguaje” es ingenuo e incompleto;² alcanza sólo a trazar impresiones cargadas de un sentido que no queda fijado a la primera interpretación, porque “la distancia temporal entre los hechos relatados y el momento en que se los relata suma experiencias e interpretaciones propias de otras temporalidades” (Oberti en Mattioli, 2013: 5).

Por esto, creemos que es fundamental para las investigaciones feministas estudiar las narraciones sobre la experiencia en su función poética (entendida en términos de *poiesis* o creación): los sujetos “son artífices y artefactos de sus experiencias”; “son productores de” y “producidos por” sus experiencias (Code en Bach, 2010: 101). La experiencia teje la trama densa que sobredetermina el fondo fragmentado de un hogar múltiple, y se resiste a ser apresada por ese lenguaje que no logra ser nómada ni acompañarla en los devenires de la subjetividad excéntrica; admite una relación compleja “entre socialidad y subjetividad, entre lenguaje y conciencia, entre instituciones e individuos” (de Lauretis en hooks et al, 2004: 119).

A pesar del lugar central que ocupan los discursos y el lenguaje en los procesos de significación y transmisión de la experiencia, tomamos distancia respecto a ciertos feminismos posestructuralistas, como los denomina Linda Alcoff, que han “negado durante mucho tiempo la importancia cognitiva de la experiencia fundándose en que la experiencia y la subjetividad son producidas [únicamente] a través de la interacción de discursos” (Alcoff, 1999: 122). Para estas corrientes, el lenguaje y la textualidad son “la fuente esencial de conocimiento sobre los significados sociales” (p. 122). Nosotras, en cambio, sostenemos que la experiencia es una clave de lectura, una práctica de significación que permite cuestionar la supuesta aprehensión primera, a-discursiva y genuina de la realidad; contiene,

² “La experiencia a veces excede al lenguaje; es, en ocasiones, inarticulada. (...) Podemos afirmar que, aun si la experiencia excede lo lingüístico, nuestro conocimiento de la misma, no. Por lo tanto, a partir del hecho de que la experiencia se relaciona con el conocimiento, está necesariamente subordinada al campo de la articulación” (Alcoff, 1999: 126). Esto no niega que la mediación del lenguaje incluya al mismo tiempo la “resistencia a dichos discursos; elementos que, cuando están estratégicamente narrados, desafían a las ideologías que naturalizan organizaciones sociales e identidades” (Anzaldúa en Stone-Mediatore, 1996, s/p).

asimismo, al valor social y subjetivo del cuerpo, al inconsciente, a lo difícilmente narrable, a la percepción y al deseo en la construcción del conocimiento.

Aquí se hace necesario trazar una distinción entre nuestra categoría de análisis y otra muy difundida –con la que a veces se la confunde–: la “identidad”. Mientras que la categoría de “experiencia” incluye al inconsciente (y, por lo tanto, al artesanal despliegue metafórico de la aprehensión simbólica y material del mundo), la categoría de “identidad” (entendida como la relación que establece una entidad consigo misma) no lo hace, pues comprende únicamente a “lo nombrado”, poseyendo una función metonímica que hace pasar la parte por el todo. Por esto, resaltamos la utilidad de pensar a la poética como un comodín literario y conceptual que nos advierte del efecto mágico, condensado y sintético que genera la lengua sobre la experiencia. Mientras que las definiciones literales generan el truco descriptivo de aparentar una cercanía científica con lo real, las aproximaciones poéticas traman el ensayo abierto que (bal)buca por las profundas y maravillosas excedencias del lenguaje.

El actor desobediente del conocimiento: la lesbiana como un sujeto excéntrico

En este apartado veremos un ejemplo concreto del uso del encuadre teórico presentado en la sección anterior, intentado elaborar un aporte crítico, materialista y deseante a las teorías lésbicas. Como dijimos en la introducción, el tema de investigación que fue el puntapié inicial para estas reflexiones es el cruce de conciencias y experiencias que generan, por un lado, el lesbianismo, y, por otro lado, el activismo. Se trata de un trabajo cualitativo, cuya principal herramienta de recolección de datos es la entrevista en profundidad. Debido a la extensión permitida para este artículo, dejaremos para futuros artículos el estudio en detalle del trabajo de campo.

A partir de la postulación hecha con anterioridad de que no creemos en la existencia de sujetos esenciales, monolíticos o transparentes a la mirada de lx investigadorx, hemos de empezar asumiendo que nuestras decisiones metodológicas están cargadas de valores: son lentes a través de los cuáles damos

cuenta de la porción social de la realidad que nos interesa. Los datos que obtuvimos a partir del trabajo de campo no son verdades develadas en las entrevistas, sino construcciones intencionales, fruto de elaboraciones teórico-prácticas que admiten pensar a todxs lxs sujetxs involucradxs en la producción del conocimiento como observadores participantes, agentes propositivos y modeladores de sus experiencias.

Nuestro objeto de estudio fueron las experiencias de aquellas lesbianas que de diversos modos constituyeron una conciencia crítica capaz de reflexionar sobre lo personal contenido en lo social, y sobre las marcas que dejaron las estructuras e instituciones sobre la propia subjetividad y la memoria colectiva. Es decir, en términos del *punto de vista*, buscamos aquel que se posiciona en contra del sistema social hetero-cis-patriarcal, y que se inscribe en una economía del deseo que distingue al cuerpo lesbiano “configurando otros modos de la percepción y la afección” (flores, 2013: 130). El discernimiento entre estar afuera/adentro de un sistema político ideológicamente coherente con el patriarcado y el capitalismo estimula una toma de posición fundamental para el activismo lésbico, al tiempo que alimenta el trabajo intelectual de las teóricas lesbianas (cuya reflexión sobre lo social exige un nivel de análisis diferente a la simple perspectiva descentrada o marginal de las lesbianas activistas).

El pensamiento feminista-lésbico pone en evidencia un planteo hecho por lesbianas desde sus contextos específicos de producción; se trata de algo así como un saber específico que “comprende interpretaciones de la realidad [...] hechas por quienes las viven [...], lo que no quiere decir que todas [las lesbianas] generen semejante pensamiento o que otros grupos no tengan un rol crítico en su producción” (Collins en Bach, 2010: 88). De la vinculación entre “experiencia” y “conciencia”, “se desprende que las experiencias concretas pueden estimular una conciencia feminista diferenciadamente [lesbiana]” (Collins en Bach, 2010: 89). Con esto, sin embargo, no hacemos una distinción entre voces-esencias más puras/verdaderas vs. voces-esencias inauténticas/falaces, sino que lo que nos interesa son aquellas miradas zigzagueantes que logran construir horizontes de sentido por encima de los mandatos organizados socialmente a través de las instituciones simbólicas y materiales, cuya capacidad viene dada, en un punto, por la exclusión de las formas dominantes de producir conocimiento. Esas miradas no

son transparentes, sino que requieren de un trabajo crítico de lectura, suspicaz de las relaciones de poder.

El estudio de la experiencia nos permitió des-esencializar a “la lesbiana” como si fuera un sujeto monolítico, pues la diversidad de sentidos que construyeron las entrevistadas en torno a su sexualidad y a lo social desmintió la premisa de una única performatividad y representación “torterial”. Lo “lésbico”, entonces, nos interesó como si fuera un adjetivo (no un sustantivo), “en tanto implica una manera de ‘modalizar’ la vida, de imprimirle una perspectiva” (Lacombe en Cano, 2015: 82). Como escribe Néstor Perlongher: “el hecho de formar parte de una minoría, en el sentido sociológico del término, si bien crea las condiciones, no desencadena automáticamente un devenir” (Perlongher, 2016: 69).

La “lesbiana que deviene lesbiana” no es un juego de palabras: es una toma de conciencia atravesada por los significados e identificaciones múltiples, corporeizadas y experimentadas que encuentra sus cauces en la materialidad de la existencia. El devenir “es un proceso del deseo [...], no es transformarse en otro, sino entrar en alianza (aberrante), en contagio, en *inmisti*ón con el (lo) diferente” (Perlongher, 2016: 68). La lesbiana, en definitiva, no es una identidad, sino un deseo: de lazos, de transgresión, de resistencia, de diferencia, de conexión, de memoria, de códigos simbólicos, de separación y unidad, “un deseo de realidades más complejas, de relaciones llenas de lucha y riesgo, así como de placer y comodidad” (Moraga en Martín, 1993: 284).

La importancia de los testimonios como herramienta de investigación

Antes de pasar las conclusiones haremos algunos comentarios respecto a nuestra elección metodológica que nos llevó a trabajar con entrevistas en profundidad, de las que obtuvimos información muy rica para los análisis; entrevistas que son también testimonios de una vida, una conciencia, una época.

Realizar entrevistas en profundidad implica, en primer lugar, interrogar a una cierta cantidad de sujetos por sus experiencias en situaciones particulares, para luego pensar a esas situaciones como sociales a través de marcos teóricos

pertinentes, una vez alcanzada la saturación teórica. Es decir, el interés está puesto en:

el *proceso* por el cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales. A través de ese proceso uno se coloca a sí mismo o se ve colocado en la realidad social, y con ello percibe y aprehende como algo subjetivo (referido a uno mismo u originado en él) esas relaciones –materiales, económicas e interpersonales– que son de hecho sociales, y en una perspectiva más amplia, históricas (de Lauretis, 1992 [1984]: 253).

Como ya vimos, la “experiencia” es un diálogo entre muchas capas de sentido, no todas conscientes y solo algunas de ellas narrables. Contar una experiencia, recordar, seleccionar información, ordenarla, omitir, hacer hincapié en el cómo, cuándo, dónde, abstraer, buscar explicaciones al pasado desde el presente, entre otras, son momentos constitutivos del diálogo entre lx investigadorx y lx entrevistadx. La riqueza está en el relato que al momento del encuentro hacen las sujetas, así como la reflexión comprendida en ese artefacto llamado “entrevista”.

Ahora bien, lo que nos interesó *a priori* del testimonio como archivo oral no fue el contenido que nos sería dado, sino más bien su forma (*c*)oral. Lo simbólico, el lenguaje, las experiencias y los acontecimientos son sociales: nunca se narra en soledad, siempre hay unx otrx a quien contarle y personas que intervienen en las interpretaciones de los fenómenos relatados, así como distintas fuentes. Como escribe Marina Mattioli (2013): “el ‘yo estaba allí’ que pertenece a cada uno de los sujetos tiende un puente a los otros que estaban allí y a la realidad social” (p. 6).

Sin embargo, hacer análisis literarios, históricos, antropológicos y sociológicos del lesbianismo y sus archivos no es asunto sencillo, pues implica desenterrar “lo que la cultura hegemónica ha ocultado [...] por no considerarse adecuado tanto desde el punto de vista de la ética como de la política” (Simonis en Mogrovejo, 2012). La dificultad de la tarea es dada por el laberinto de voces y silencios que arbolan las experiencias innombrables y ausentadas por las culturas heteropatriarcales, que pugnan por torcer el camino legitimado y premonitorio de la socialización hétero-normativa. Las narraciones autobiográficas de las lesbianas, precisamente:

tratan de recordar de forma diferente, fuera de los contornos y las limitaciones narrativas de los modelos convencionales. Los eventos o sentimientos que se vuelven insignificantes, meras “fases” –o aberraciones permanentes cuando una vida se organiza en términos de la trayectoria hacia la heterosexualidad adulta, el matrimonio y la maternidad– se convierten en algo con un significado diferente en las historias de las lesbianas. Se convierten en signos que deben ser releídos en base a diferentes estrategias interpretativas. Ya sea que el énfasis esté en un pasado marimacho, en las amistades de la infancia o en los enamoramientos de las amigas, las maestras o las consejeras de campamento –todas estas narrativas apuntan a discontinuidades no sancionadas entre el sexo biológico, la identidad genérica y la sexualidad (Martin, 1993: 279).

Los testimonios, en estos casos, son mecanismos de transmisión social del legado de las lesbianas y su cultura; generan solidaridad, amistades como actos políticos, sentimiento de comunidad, redes afectuosas y combativas.

Conclusiones

Del trabajo que compartimos en esta oportunidad queríamos extraer algunos aprendizajes hechos durante el trabajo mismo de la investigación que, con el ímpetu crítico de la honestidad intelectual, nos llevaron a revisar nuestras decisiones epistemológicas y metodológicas en varias ocasiones.

Nos propusimos mostrar cómo al anclar la perspectiva teórica al tema particular de investigación, se moldearon los posicionamientos epistemológicos a las necesidades e intenciones de quien investigaba. Así, destacamos el papel activo que cumple lx científicx en la construcción de la realidad: son sus intereses la guía del particular recorrido, cuyo mapa sólo logra conocerse en su totalidad en retrospectiva cuando el trabajo finalizó. Lx investigadorx construye el marco teórico y las herramientas de recolección de datos sobre la base de motivaciones que no serían consideradas como exclusivamente científicas por la tradición positivista: las prioridades afectivas, las urgencias intelectuales, los tiempos de facto, los destiempos y atrasos, las preguntas e incertidumbres, las correcciones e incorrecciones que son parte del camino sinuoso que implica interrogar a la realidad.

En esta oportunidad no ahondamos demasiado en el trabajo específico de campo, pero creímos importante mencionarlo para situar lo que de otro modo parecería una aspiración abstracta hacia la teoría. Tuvimos el deseo de ser críticas, teniendo como horizonte y punto de partida a las preguntas concretas que nos hicimos sobre la porción de mundo que queríamos estudiar, con su vastedad que excede a lo meramente describable sociológicamente. Es difícil saber exactamente qué contiene una disciplina científica, sino disputas de poder, política, cultura, sociedad, proyectos, discursos, versiones y di-versiones poéticas que hacen del mundo un lugar accesible al conocimiento y a la vida.

Respecto a nuestra categoría de análisis fundamental, la “experiencia”, concluimos que no es fácil aprehender lo que contiene o lo que refiere, sino que cada autorx debe valerse de sus propios encuadres teóricos para definirla dentro de su campo específico. Para nuestros intereses fue más fácil arriesgarse a bocetar todo lo que la experiencia no es: no es una verdad que emerge de la identidad personal; no es un campo de la vida que funciona como una jurisdicción en la que se aplican leyes; no es transferible; no es un saber que reemplaza o supera las aproximaciones teóricas que puedan hacerse sobre un tema. No es única ni estable en el tiempo. No puede ser universalizable. No es un hecho aislado. No es una vivencia pre-discursiva ni es evidente por sí misma, así como tampoco es sólo un acontecimiento discursivo. Es decir, hay diferencias, pero también hay conexiones y una relación dialéctica entre las representaciones de los acontecimientos y las experiencias concretas de personas reales como agentes de cambio. La “experiencia” no se reduce al relato que se hace de ella, pues no hay un lenguaje universal que permita descodificar los sentidos que trae cada entrevistada con su complejidad.

Tampoco hay algo así como “mi historia” y “nuestra historia”, sino que se relacionan de modos complejos, retroalimentándose rizomáticamente (Deleuze y Guattari, 2004 [1972]) al punto de volver indistinguible lo propio y lo común. Ese es uno de los mayores valores de los testimonios: son una forma de conservar voces y oralidades, y son una herramienta política que permite las inscripciones personales en la historia colectiva.

Finalmente, podemos decir que trabajar con entrevistas en profundidad, con los textos y las experiencias, con las narraciones, es un proyecto

comprometido con la *presencia*. Hay en estas herramientas y archivos una mirada política no sólo respecto a la escritura, sino también a la lectura, entendida como un momento clave para generar identificaciones, reconocimiento, comunidad y solidaridad.

Bibliografía

Alcoff, L. y Potter, E. (eds.) (1993). *Feminist epistemologies*. Nueva York: Routledge.

Bach, A. M. (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. España: Biblos.

Cano, V. (2015). *Ética tortillera. Ensayos en torno al éthos y la lengua de las amantes*. Buenos Aires: Madreselva.

De Lauretis, T. (1992 [1984]). *Alicia ya no. Feminismo, Semiótica, Cine*. España: Ediciones Cátedra S.A.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2004 [1972]). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. España: Pre-textos.

Falquet, J. (2009). Rompre le tabou de l'hétérosexualité, en finir avec la différence des sexes: les apports du lesbianisme comme mouvement social et théorie politique. *Genre, Sexualité & Société*, núm. 1. Francia: Université Paris 13. En línea : <https://journals.openedition.org/gss/705>

flores, v. (2013). *interrupciones. ensayos de poética activista*. Neuquén: La Mondonga Dark

Haraway, D. (1995 [1991]). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Valencia: Ediciones Cátedra.

Hankinson Nelson, L. (1993). Epistemological communities. En: Alcoff, L. y Potter, E. (eds.), *Feminist Epistemologies*, pp. 121-159. Nueva York: Routledge.

Harding, S. (ed.) (2004). *The feminist standpoint theory reader. Intellectual and political controversies*. Nueva York y Londres: Routledge.

Hill Collins, P. (2004). *Black sexual politics. African Americans, gender and the new racism*. Nueva York: Routledge.

hooks, b., Brah A., Sandoval C., Anzaldúa, G., Levins Morales, A., Bhavnani, K., Coulson, M., Alexander, M. J. y Mohanty, C. T. (2004). *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Martin, B. (1993). Lesbian identity and autobiographical difference[s]. En: Ablove, H., Barale, M. y Halperin, D. (eds.), *The lesbian and gay studies reader*, pp. 274-294. Nueva York y Londres: Routledge.

Mattioli, M. (2013). ¿Cómo trabajar los testimonios en las investigaciones? Reflexiones teóricas y metodológicas en torno al caso del aborto. Trabajo presentado en *X Jornadas de Sociología*. Buenos Aires: UBA. En línea: <https://cdsa.academica.org/000-038/268>

Mogrovejo, N. (2012). *Cómo pensar la genealogía lesbica*. En línea: <http://normamogrovejo.blogspot.com/2012/11/como-pensar-la-genealogia-lesbica-norma.html> Consultado en junio de 2021.

Mohanty, C. T. (2003). *Feminism without borders. Decolonizing theory, practicing solidarity*. Durham y Londres: Duke University Press.

Moya, P. (2011). Who we are and from where we speak. *TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, vol. 1(2), pp. 79-94. Estados Unidos: School of Social Sciences, University of California. En línea: <https://escholarship.org/uc/item/2md416qv>

Perlongher, N. (2016). *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Rich, A. (1986). Notes toward a politics of location. En: *Blood, bread and poetry: selected prose 1979-1985*, pp. 210-231. Nueva York: W. W. Norton.

Stone-Mediatore, S. (1999). Chandra Mohanty y la revalorización de la experiencia. *Hyparquia*, vol. X. Buenos Aires: Asociación Argentina de Mujeres de Filosofía. En línea: <http://www.hiparquia.fahce.unlp.edu.ar/numeros/volx/chandra-mohanty-y-la-revalorizacion-de-la-experiencia>

Sobre la autora

CECILIA MAGDALENA MALNIS es Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Cuyo. Doctoranda en Ciencias Sociales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la misma casa de estudios. Becaria doctoral de CONICET en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA). Docente universitaria de la cátedra “Literatura hispanoamericana y teoría literaria” de la carrera de Comunicación Social (UNCUYO). Temas de interés: Feminismos materialistas; Teoría queer; Estudios Lésbicos; activismo; nuevos movimientos sociales.